
**EL DEBATE DEBE CONTINUAR.
BEJARANO Y LA ENSEÑANZA
DE LA ECONOMÍA**

Salomón Kalmanovitz

Agradezco los comentarios de Luis Bernardo Flórez, Clemente Forero, Jorge Iván González, Rocío Londoño, Medófilo Medina, Antanas Mockus, Jairo Parada, Lisímaco Parra, Jorge Armando Rodríguez y José Darío Uribe.

Resumen

Kalmanovitz, Salomón. "El debate debe continuar. Bejarano y la enseñanza de la economía", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, páginas 173-198

Este ensayo recoge la participación de Jesús Antonio Bejarano en los debates que se dieron en torno a la enseñanza de la economía en el país entre 1980 y el presente. Figuran el problema del currículo, sus contenidos y secuencia, el papel que debe jugar el lenguaje, la lectura de fuentes o de manuales, la formalización matemática y la misma pedagogía. Es también una reminiscencia sobre la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional y un somero análisis de la Universidad como institución. La pregunta que se hace al final es ¿hacia donde va la Facultad?

Abstract

Kalmanovitz, Salomón. "The debate must go on. Bejarano and the teaching of economics", Cuadernos de Economía, v. XVIII, n. 31, Bogotá, 1999, pages 173-198

This essay covers Bejarano's participation in debates on the teaching of economics in Colombia from 1980 to the present time. Among the issues raised are curricular design, their contents and sequence, the role of language, the use of primary sources in economic theory versus textbooks, mathematical formalization and pedagogy itself. It is also a personal memoir of the Faculty of Economic Sciences of the Universidad Nacional, and includes a summary analysis of the University as an institution. The essay ends with the question: whither the Faculty?

Llamaré a Chucho Bejarano “mi querido enemigo” aunque en el pasado lo llamé distinto. Debatimos y nos enfrentamos durante veinte años en torno a la política, a la teoría de la dependencia, al pensamiento de Currie, a lo que debía hacerse en la Universidad Nacional y a la enseñanza de la economía. Convergimos hacia un liberalismo económico y político tan sólo en la última década. También coincidimos en advertir la pertinencia de la economía institucional a las necesidades de conocimiento que tiene el país. Haré algún análisis basado en esta escuela para que este escrito no quede simplemente como memoria de Chucho, que ha habido muchas y seguramente habrá más. Las tácticas que utilizamos en nuestras luchas no eran las más limpias pero en general mantuvimos un nivel de debate alto con más argumentos que adjetivos. El solo hecho de volver a tocar uno de sus temas me pone a la defensiva y a ver por dónde le asesto el golpe, bajo el impulso de que debo superarlo. Obviamente eso ya no tiene sentido. Sí lo tiene mantener el debate con las ideas de Bejarano.

LA ENSEÑANZA DE LA ECONOMÍA

En 1980 fuimos a la EAFIT en Medellín para discutir sobre la enseñanza de la economía en Colombia. Bejarano presentó una ponencia con muchas estadísticas que mostraban que las escuelas privadas y públicas de mala calidad se expandían velozmente mientras que las universidades públicas y privadas de buena calidad, las menos, estaban estancadas [Bejarano 1981]. Yo era su comentarista con lo cual él estaba contento. Al reestudiar esos datos hoy nos informan que el problema de la calidad de la educación no se ha resuelto sino que se ha vuelto más masivo. Las universidades públicas y privadas de buena calidad son hoy una proporción todavía menor de la que presentaban hace veinte años, con algunas mejoras en el desarrollo de los niveles de postgrado y una apreciable mejora locativa en las instituciones de menor calidad por el simple hecho de que se han enriquecido.

Uno iba a hacer el balance en 1980 y encontraba cuatro universidades públicas y cuatro privadas de alta calidad. Todas las demás mantenían niveles regulares o muy bajos con profesores sólo de cátedra carentes de estudios de postgrado, sin bibliotecas, mínimos niveles de exigencia y otorgamiento del mismo título por estudios diurnos y nocturnos. Se podía preguntar: ¿fallas de mercado o fallas públicas? Por un lado, la educación de baja calidad y bajo precio tenía un mercado inmenso y no importaba que la mayoría de los egresados no ocuparan las posiciones calificadas que buscaban pues había un retraso grande en el tiempo mientras el cliente se enteraba de que había sido engañado (¿inconsistencia temporal?). Se puede argumentar, en contrario como lo hace José Darío Uribe,¹ que las personas con un título de garaje ganarían más que un bachiller de un colegio de mala calidad y que el bajo costo de la matrícula resultaba ser una buena inversión, después de todo. Por lo demás, el sistema público es muy grande y se nutre en buena medida de estos egresados. Incluso se podría decir que una de las causas de la legendaria ineficiencia del sistema de justicia colombiano y de la burocracia en general es la contratación de un número grande de personas deficientemente formadas. Muchas de estas universidades son propiedad de políticos de distintas orientaciones ideológicas y no son sólo un buen negocio sino también una forma de ganar militantes y votos. Quizás algunos de sus estudiantes ganan acceso a puestos que controla el rector y de nuevo su inversión resultaba bastante rentable.

Durante los veinte años que han transcurrido desde el debate sobre la enseñanza de la economía, el sistema público de buena calidad se ha estancado en sus números en las medias aguas de la calidad y el mérito y la política de izquierda; han proliferado las universidades públicas de provincia, invadidas o tomadas por la clase política, donde la admisión estudiantil y la contratación profesoral dependen de los políticos. Sólo los ricos y la clase media alta enviaban a sus hijos a centros caros de buena calidad, que han crecido también pero no tanto como el resto del sistema.

Se podría argumentar que el punto de partida de la educación en el país había sido extremadamente deficiente. Por cincuenta años la República Conservadora mantuvo un gran proteccionismo ideológico que impidió que entraran al país la filosofía y las ciencias físicas y sociales modernas. Había algo de educación técnica pero en tanto no desafiara la ideología de la Iglesia y eso frenaba el desarrollo de las ciencias básicas, en particular de la física pensada desde el punto de vista de un mundo sin Dios, la biología con su carga evolutiva o la psicología con su influencia freudiana. Pedagógicamente hablando, el credo católico se memoriza y cada pregunta viene ligada con su respectiva respuesta

1 Observación elaborada sobre este ensayo. Uribe fue casualmente uno de los estudiantes de EAFIT que organizó el seminario sobre la enseñanza de la economía de 1980.

tal como lo hace el Catecismo Astete. Los individuos que hacen “demasiadas preguntas” son reprimidos por rebeldía y soberbia intelectual [Rodríguez 1983, 88]. Las tendencias conservadoras hispanófilas y católicas no querían saber de las ideas que exportaban los países protestantes que llevaban la delantera en todas las ramas de la ciencia y de las tecnologías. Así como el país que se cierra al comercio exterior deja de absorber los cambios técnicos que se producen en los países avanzados, el que lo hace para defender cierto credo pierde la capacidad de avanzar en las ciencias y el pensamiento modernos.

La República Liberal trató de cambiar este estado de cosas en los años treinta y se abrió a los emigrados europeos liberales que eran perseguidos por el falangismo y el fascismo que montaron las escuelas más modernas, como la Normal Superior, cuyo cierre por Laureano Gómez en 1950 es emblemático de la resistencia tan fuerte a las ciencias sociales que mantenían sectores conservadores. La Nacional vivió al vaivén de esta lucha y aunque la izquierda fue más abierta que la derecha para importar el pensamiento moderno, una vez llegada a la Universidad manifestó tendencias autárquicas y nacionalistas, no muy distantes de las que habían mostrado los conservadores.

LA CONCEPCIÓN PEDAGÓGICA

¿Que concepción de educación había detrás de lo que exponía Bejarano en su ponencia? Ésta abría con una cita de Jean Jacques Rousseau considerando que el maestro debía ser educado para poder impartir una buena educación. El hombre según Rousseau nace bueno y la sociedad lo pervierte. La educación debe desarrollar las habilidades del niño en libertad; será mejor acudir a su curiosidad, internalizando una disciplina de trabajo escogida por el alumno y no a la represión y el castigo. Chucho también citaba a Khun y Bachelard para realzar el carácter de la ciencia como problemática y al investigador como preguntador. Pero la influencia más notable sobre él había sido el maestro Lauchlin Currie y de él adoptaba el método socrático que le había visto aplicar para agitar la imaginación del pupilo mediante un planteamiento que producía confusión inicial y que él mismo, por medio de preguntas, fuera encontrando las piezas y el orden en que eran enlazados por una teoría.

Lo que se encontraba en la educación colombiana —Chucho no entró en esta materia en su ponencia— era el convencimiento de que el niño nace malo y hay que disciplinarlo sistemáticamente. Buena parte del conocimiento moderno podía estar en el *Index* católico, lo cual introducía una atmósfera de autocensura y temor para poder pensar libremente, algo que se palpa todavía en las universidades dirigidas por las órdenes católicas y por el *Opus Dei*. “La letra con sangre entra” era el lema de los profesores lo cual se manifestaba en unas altas tasas de mortalidad estudiantil, que elevaban considerablemente el costo por alumno graduado. Los estudiantes debían aprender contenidos atrasados que recitaba el profesor, ser copiados en clase y después memorizados.

No existía siquiera la tradición de entregar un programa con una bibliografía que se debía leer y entender.

En el seminario Chucho expresó que prefería ver que en todos los cursos se exigieran pequeños ensayos que substituyeran la exigencia de una tesis de grado que presuntamente sería una contribución a la ciencia, cuando la mayoría de los estudiantes no sabían escribir después de haber pasado cinco años en la Universidad. Bejarano decía parafraseando a Vargas Llosa que los estudiantes debían ser "buenos escritores". Yo creo que éste fue un rasgo distintivo de la Facultad más adelante y los demandantes de profesionales sabían que los egresados de la Nacho escribían bastante bien y eso les entregó ventajas en el mercado de trabajo.

Sin embargo, algunos profesores de la Nacional seguidores de Chucho compartían el dogmatismo tradicional cuando pretendían que el examen final en el nuevo postgrado valiera el 70 por ciento de la nota, como si el conocimiento entrara con mucho tinto y anfetaminas dos semanas antes del examen en el que el profesor preguntaba y el estudiante debía contestar fielmente lo que éste esperaba. Yo replicaba diciendo que este reglamento iba en contra de los métodos alternativos de evaluación, como los que el mismo Bejarano pasaba a proponer en su ponencia: la síntesis escrita de lecturas, el pequeño ensayo, ser parte del equipo de investigadores del profesor, la monografía de grado desarrollada durante varios semestres, etc.

El nuevo programa de la Nacional de 1976 adoptaba el patrón anglosajón de menos cursos mucho más intensos en lectura y escritura, delimitando el área profesional, pero no se atrevía a dejar en libertad a los estudiantes para que, como individuos libres llegados a la mayoría de edad, organizaran una buena parte de su plan de estudios. El espíritu era liberal pero no tanto. Eventualmente la Facultad dio ese paso en 1986 al diseñar un *pénsum* básico que dejaba a la escogencia de los estudiantes un número creciente de materias en la medida en que avanzaba en su carrera, lo cual les permitía diseñar su perfil profesional y los suponía seres adultos y libres. También se mantuvo una carrera de cinco años, demasiado larga para los patrones internacionales, lo que debería revisarse cuando se entendió que los postgrados eran los encargados de especializar a los estudiantes.

Chucho criticó una desactualización de los contenidos del nuevo programa, exagerando al decir que la Macro equivalía a leer a Keynes y nada más moderno que el texto de Ackley, que en ese momento era muy anticuado, lo cual no era la intención y dependía de los profesores que, como decía el Rousseau citado por él mismo, no habían sido educados. Que los textos eran atrasados era porque las traducciones al español llegaban muy tardíamente y leer en inglés era todavía mal visto.

Bejarano criticaba además el hecho de hacer una secuencia de introducciones hacia doctrinas neoclásicas para ver después Microeconomía o una historia

económica general para estudiar a Ricardo y Marx, como si se tratara “a cada uno como ‘antecedente’ de un sistema más completo, de suerte que la historia de la teoría se concibe aquí como la historia del error a la verdad”. La concepción detrás no era esa sino que pedagógicamente es más inteligible el concreto de la historia y la relación de ésta con la economía que partir de supuestos muy abstractos para derivar productividades marginales y el equilibrio general como una gran subasta. Varios textos anglosajones siguen esta metodología para los cursos introductorios (entre otros, los de Robert Heilbroner, Joan Robinson, Clement y Poole), lo cual facilita entender más adelante el carácter de las abstracciones que utiliza la economía neoclásica o muchas vertientes de macroeconomía contemporáneas. Lo importante de este enfoque es que relativiza las teorías e impide formar personas con el solo y exclusivo conocimiento de una escuela en particular, por ejemplo como se enseñaba la Escuela de Chicago en Chile.

El marginalismo o el neoclasicismo supone mercados perfectos operando bajo las leyes de la competencia, donde los agentes deciden racionalmente sus escogencias. Lo que uno veía en el subdesarrollo eran mercados imperfectos, fallas y altos costos de información, poca competencia y mucha irracionalidad surgida del pasado reciente todavía feudal del país. Como diría Douglass North mucho más adelante, su “mundo supuesto [por el neoclasicismo] es uno desposeído de fricciones en el cual no existen instituciones y todos los cambios ocurren a través de un mercado operando en forma perfecta. En síntesis los costos de adquirir información, la incertidumbre y los costos de transar no existen” [North 1981, 5]. En nuestras condiciones uno experimentaba que los costos de transacción eran inmensos, que los agentes podían ser tercios y que había muchas instituciones que frenaban el desarrollo del mercado.

Currie había enfatizado la necesidad de absorber antes que nada la teoría económica en su libro *La enseñanza de la economía en Colombia*. Él descubría los rasgos despóticos de su enseñanza en el país —la matemática como hacha y no como herramienta para formalizar, el exceso presencial contra el trabajo autónomo de los estudiantes, la memorización de muchos hechos sin concatenación, entre otros— y aconsejaba simplificar el *pénsum*, jerarquizar en primer lugar la economía y eliminar las pretensiones de untar derecho, contaduría y administración al economista. La periodización era anual y los estudiantes debían tomar en promedio diez materias.² Currie aconsejaba la semestralización, que daba mucha mayor flexibilidad, y reducir a la mitad el número de materias

2. Todavía en 1998 habían programas de universidades nocturnas que contaban con 75 materias. Había una que ofrecía diez cursos de ética y que debía graduar a los economistas más sanos del mercado y otras que ofrecían orientación ética y religiosa [González 1999].

vistas. Todo esto se implementó en la reforma al *pénsum* que se hizo en la Universidad Nacional en 1976.

Bejarano atacó también el énfasis en las teorías del desarrollo propias, como la cepalina, la dependentista y la marxista, en detrimento “de las teorías del crecimiento y los enfoques desarrollistas en la convicción de que nada tienen que decir sobre nuestras realidades concretas, para subrayar los ‘enfoques latinoamericanos’, considerados más pertinentes. A mi juicio —agregaba Chucho— el ‘desarrollismo’ y La Teoría del Crecimiento, si no se los lleva a la caricatura, todavía tienen mucho que aportar en cuanto formulan problemas usualmente excluidos del ‘pensamiento latinoamericano’ y en particular de la economía dependentista”. Debo reconocer que en mi comentario yo defendí el pensamiento propio latinoamericano con ese tono nacionalista que ahora desapruébo. Aquí aparece Bejarano el universalista, el del pensamiento abierto a todas las corrientes, que creo yo debe servir de ejemplo a las generaciones siguientes y a los administradores de las facultades de economía en el país.

Bejarano me criticó implícitamente al hablar del nuevo currículo de la UN porque había influido sobre su diseño al hablar del “fetichismo de las fuentes”; sugería yo que se ofrecieran cursos de autores y que en general se hiciera amplia utilización de los escritos de los grandes economistas y menos de los textos. Esa era la pelea que se había dado en la Nacional entre el grupo de egresados que sentían que la institución era de ellos y los que habíamos llegado de afuera, algunos con postgrados norteamericanos. Yo entendía mejor que ellos la filosofía de la enseñanza de Currie porque había sido educado en ella y ellos lo seguían fielmente, así que... Pero algunos amigos de Chucho tenían una concepción bastante rígida de la economía y del manual como su consumación. Algunos pensábamos que lo mejor era acudir a la fuente compleja, rica en elementos, y menos al texto simplificador, aunque el proceso de aprendizaje debía comenzar por lo simple. En verdad, Chucho también era partidario de la lectura de las fuentes y él mismo dictaba sus cursos con bibliografías que daban más importancia a los escritos de autor que a los de sus comentaristas.

Hoy reconozco que Chucho tenía razón hasta cierto punto pues es necesario entender un sistema teórico mediante el uso de un buen texto y hacer muchísimos ejercicios de formalización, complementado con la lectura de la producción contemporánea que aparece en las revistas especializadas o lo que llaman ahora la “ciencia de revista”. Los cursos sobre autores deben ser para los estudiantes que quieran profundizar en determinados pensadores y para temas de seminario. Pero si se debe recurrir frecuentemente a los textos magistrales de los grandes pensadores de la ciencia para darlos a conocer a todos los estudiantes. Es necesario que entiendan en qué consiste la gran lógica que no es lo mismo que presentan los manuales. También hoy dejaría el pensamiento de Marx como una opción voluntaria y no como un curso obligatorio.

El bando mío llamaba al grupo que lo acompañaba “la pandilla de Chucho”; en verdad, ellos defendían las ventajas de que habían disfrutado como estu-

diantes y ahora como profesores de una institución pública que a fin de cuentas no tenía dueño. Nadie podía llegar de afuera a disputarles unos derechos adquiridos desde adentro. Como no tenían la iniciativa de las reformas académicas, las frenaban. Era también una pelea política entre los más cercanos al Partido Comunista contra trotskistas y maoístas que nos sentíamos más radicales que los otros. El Partido Liberal en ese momento había decidido dejarle el manejo de las universidades públicas a sus profesores y a estos grupos políticos de izquierda.

El problema académico fue enfrentado seriamente en nuestro caso, a diferencia de otros procesos de politización ideológica, por medio de las reformas que le hicimos al *pénsum*, tratando de tener una enseñanza pluralista y respetar la inclinación de los estudiantes, en particular de que tuvieran éxito en el mercado de trabajo. Confieso que yo era duro frente al mercado; decía que me importaba poco y que lo importante era que los muchachos se desarrollaran al máximo y que todos debían conocer el marxismo. La mejor relación con el mercado se logró por medio de un “acuerdo” que permitía coexistir la economía neoclásica, la keynesiana y la marxista. Sin embargo, es claro que la teoría neoclásica llevó la peor parte porque sus profesores la criticaban en vez de enseñarla. Chucho se preocupó por esta falencia y escribió un texto de microeconomía que fue una buena adaptación a nuestras circunstancias.

El logro mayor del nuevo programa fue el desarrollo del área de economía colombiana y de historia económica que logró aplicar la teoría económica universal a nuestras condiciones, lo que se desarrollaba dentro de un álgido debate político. El nivel académico de los debates era bastante riguroso. Se basaba en el texto escrito claramente, sustentado por argumentos, cifras y citas de autores. Los autores extremo-izquierdistas que se volaban esta metodología no eran acogidos seriamente por la audiencia y sus publicaciones nadie las recuerda. Como me lo menciona Antanas Mockus en un comentario a este artículo, “en efecto la politización volcó a los profesores de manera torpe e improvisada hacia un conocimiento más vinculado con el entorno y de algún modo más pertinente”; eso le parece que terminó siendo positivo: “el maridaje de política y academia le sentó bien a ambas”. Notoriamente, estudiantes de economía de la Universidad de los Andes y de la Nacional se unieron para publicar una revista que se llamó *Isitome* que era supuestamente la musa de los economistas.³ La influencia se extendió a los organismos del Estado que tenían que ver con las áreas sociales como Planeación, el INCORA, la Contraloría, etc., y facilitó la entrada de nuestros egresados a sus plantas.

3 Entre sus colaboradores estuvieron Alfredo Angulo, Alberto Carrasquilla, Sylvia Duzán, Mauricio Romero, Carlos Salgado y Leonardo Villar.

Jalil y Salazar llegan a afirmar que esta etapa fue la única en que se contó con una sociedad discursiva y que fuera de ella no volvió a existir una verdadera comunidad académica de economistas en el país [1999, 147]. Yo creo que hubo una sociedad de debates políticos muy grande, constituida por miles de militantes y simpatizantes de la izquierda; sin embargo, en la medida en que se enfriaba la pasión se fue abandonando la discusión, a pesar de, o quizás en razón de que esta se fue haciendo más compleja y formalizada.

Había el problema de la enseñanza de los idiomas extranjeros, en particular del inglés, que era imprescindible para mantener un conocimiento de y un diálogo con los líderes de la ciencia económica. Sin embargo, ese era un tema vetado porque se trataba del lenguaje dominante y no podía ser aireado en un medio en que todos nos definíamos, antes que nada, como antiimperialistas.⁴ Una de las ventajas de Chucho sobre el resto de profesionales de su tiempo era que leía muchísimo tanto en español como en inglés. Creo que sólo con la introducción del Magíster en economía en 1978, y con las listas de lecturas en inglés que caracterizaban todos sus cursos, comenzó el proceso de exigir un dominio más amplio de parte de todos los estudiantes y de poner lecturas en ese idioma también en el pregrado, pues había una modalidad de requisito de grado que consistía en tomar varios cursos del Magíster, en vez de elaborar una tesis.

Finalmente estaba el problema de las matemáticas. Bejarano era de la idea —como se expondrá con mayor detalle más adelante— que la economía era una ciencia inductiva que debía basarse también en la observación y por lo tanto debía apoyarse en un amplio conocimiento histórico. La formulación matemática ayudaba a simplificar un determinado problema y era útil pero ella no podía remplazar el razonamiento derivado de la experiencia. Yo estaba bastante de acuerdo con él. Al respecto tuve un desafortunado debate con Homero Cuevas donde rechazaba su énfasis en la formalización matemática; aducía que él no tenía claras las relaciones teóricas que estaba formalizando y lo acusaba de machismo. En este debate, Chucho me recriminó que hubiera atacado tan duro a Cuevas, afirmando que gente como él era la sal de la tierra. Después cambié mi posición. Cuando Fernando Tenjo y mi persona fuimos directores del postgrado

4 Este problema fue enfrentado por la administración Mockus que introdujo un examen de proficiencia en una segunda lengua para todos los estudiantes de la Universidad y que multiplicó el número de cursos ofrecidos de inglés, francés y alemán. Sin embargo, la Universidad no pudo lidiar con el exceso de demanda y desistió del plan más adelante por algún rector con distintas prioridades. El problema sigue en pie y si no se resuelve simplemente los egresados serán unos discapacitados para actualizar sus conocimientos. Sin embargo, los concursos para profesores incluyen actualmente prueba sobre el dominio de un segundo idioma lo que contribuye a que las listas de lectura incluirán textos en otros idiomas.

logramos una buena alianza con estudiantes que eran a su vez profesores de matemáticas de la Universidad;⁵ de ahí surgió una renovación del programa y de su enseñanza por ellos que atrajo a muchos estudiantes al campo de la formalización —matemáticos que venían a estudiar economía y economistas que tomaban cursos de matemáticas— pues desarrollaron ejercicios con temas cruciales en terrenos novedosos como la topología, la teoría de juegos y las expectativas racionales. El gran fuerte de la Universidad Nacional es contar con departamentos grandes y buenos en ciencias básicas y la Facultad no había aprovechado esta ventaja del todo.

Una reflexión sobre Currie, su influencia y el nacionalismo. Ocurrió el “afortunado” accidente (para nosotros) del maestro asilándose en Colombia frente a la maquinaria macartista que lo perseguía en los Estados Unidos, que condujo a que en algún momento enseñara en la Nacional. Allí logró influir sobre Bejarano y otro selecto grupo de destacados economistas en la actualidad a quienes les buscó becas en Estados Unidos e Inglaterra. Pues bien: no ha vuelto a haber nuevos Curries en la Facultad de Economía y pocos en toda la Universidad Nacional, profesores extranjeros invitados para establecerse definitiva o temporalmente en el país, que contribuyan a introducir más estudiantes colombianos a la modernidad y al rigor de las ciencias y de las profesiones. Los ha habido pocos en parte para proteger el talento nacional frente a lo que se interpreta como una competencia “desleal” que es percibida en forma siniestra.

Hubo una ruptura importante con la convocatoria internacional que celebraba los 125 años de la Universidad Nacional en 1993 y que logró la vinculación de profesores extranjeros y nacionales muy meritorios, al asumir la dirección de la Universidad el papel de jurado de todos los concursos, en detrimento de las facultades. Pero eso fue un efecto por una sola vez y las facultades han recobrado su capacidad para filtrar a los nuevos profesores con sus criterios endógenos. En las circunstancias actuales de inseguridad muy pocos doctores se vendrían a enseñar a Colombia, pero quizás valdría la pena hacer algo más adelante como se hacía en el fútbol colombiano antes: permitir una cuota de jugadores extranjeros quienes en fin de cuentas contribuyeron a mejorar la calidad del fútbol nacional. Eventualmente se abandonaron las cuotas porque la calidad de los futbolistas locales no requería de mayor protección e incluso se comenzaron a exportar futbolistas colombianos.

5 Uno de los problemas de riesgo moral del que no se tiene conciencia en la Universidad es que muchos profesores hacen postgrados dentro de la misma institución en que trabajan. Son a la vez estudiantes y colegas de sus profesores y eso enrarece la calificación. En las universidades anglosajonas no se aceptan estas prácticas incestuosas no sólo por el riesgo aludido sino porque también refuerzan las tendencias endógenas y hacen que la institución sea menos permeable al cambio.

EL SÍNDROME DEL SÉPTIMO SEMESTRE

En un artículo de 1984 Bejarano atacó el problema de lo que llamó el síndrome del séptimo semestre. Los estudiantes se encontraban con que la economía aplicada parecía ser una sistemática excepción de todo lo que se les había enseñado anteriormente después de tres años de estar estudiando teorías. Se preguntaba entonces sobre el carácter de la economía, qué clase de ciencia era, su nivel de abstracción y con qué clase de hipótesis trabajaba.

El síndrome consiste en un ataque de inseguridad del estudiante porque lo aprendido hasta el momento parece no tener utilidad. El estudiante "conoce 'leyes' que no se cumplen, 'principios teóricos' que no se pueden verificar, 'hechos' que no encuadran sistemáticamente en ninguna teoría, 'modelos' para los cuales no pueden obtenerse datos, y carece de alguna teoría o modelo con el cual manipular los hechos y los datos que están a su alcance" [Bejarano 1984, 36]. Agregaba Bejarano que la economía no podía igualarse con la física o la química y que había que sincerarse en torno a los verdaderos alcances que podía tener. Aunque Popper había reconocido en la economía la más "dura" de las ciencias sociales por su recurso a la formalización matemática, a la estadística y a la econometría, Bejarano aducía que tampoco se podía afirmar que la economía matemática estuviera siguiendo una "revolución newtoniana", puesto que mientras que las variables de las ciencias duras podían ser medidas con exactitud en condiciones de laboratorio, no sucedía lo mismo con las de la economía. Se preguntaba entonces si la economía matemática estaba reduciendo la experiencia a su estructura formal y si esto contribuía a mejorar la observación y la predicción.

Acudiendo a Leontieff, Bejarano se preguntaba en qué gastaban su tiempo los economistas. La respuesta era y es todavía que los economistas se la pasan haciendo modelos matemáticos sin datos y análisis empírico sin teoría. Los modelos no tienen forma de recoger los datos, ya sea porque las variables no son medibles o no son medidas en la misma forma por las oficinas de estadística o como quisiera el investigador o porque se conocen demasiado tarde como para poder contar con los datos para hacer predicciones. Es el caso, por ejemplo, del dato del PIB que a duras penas se conoce trimestralmente y cuya verificación tarda un par de años en consolidarse. Y proseguía a citar a Hayek, en el sentido que el mercado era un fenómeno demasiado complejo que dependía de las acciones de millones de individuos y que era difícil determinar el resultado de un proceso del que surgiría un precio que podía ser distinto si el mercado estaba segmentado. El precio matemático en últimas podía ser "conocido sólo por Dios".

Bejarano criticaba entonces la interpretación de que el método de las ciencias se basa en la observación y experimentación controladas. El caso de la Economía era distinto porque no había sino observaciones históricas no controladas. Se podía "dejar que los hechos hablen por sí mismos" o sea que la teoría tendría

un objetivo de resumir las observaciones, siendo “las leyes de la economía simples generalizaciones empíricas de los hechos observados” [Bejarano 1984, 41]. Sin embargo, para él esto no era suficiente porque se requería cierta jerarquización de los datos, lo cual sólo podía ser hecho por una teoría que entendiera las relaciones que se dieran entre las variables. Así, Bejarano descalificaba la “ciencia econométrica” por hacer innumerables correlaciones entre variables y armar alguna explicación con las que arrojará resultado positivo. La estadística y la econometría serían útiles para captar cambios de manera mucho más precisa que la mostrada burdamente por una gráfica, pero esta última seguía siendo de una gran importancia para darle la primera mirada a lo que estaba ocurriendo en la realidad. Apoyándose en Popper, Bejarano afirmaba que las “tendencias no son leyes”.

La otra mitad del tiempo, los economistas lo pasan haciendo modelos que varían unos de los otros por los cambios de supuestos. Los supuestos se escogen porque facilitan la formalización y por tal razón muchos de ellos están diseñados elegantemente pero están lejos de aportar entendimiento sobre la realidad o las relaciones entre las variables mismas. Sin embargo, uno podría argumentar que los modelos van cambiando con la orientación fundamental de la disciplina: eran más de planificación y de ingeniería de la demanda en los tiempos keynesianos cuando se creía en la intervención del Estado, y son más formalizaciones de comportamientos del mercado, como en las expectativas racionales que indujo la hipótesis de que los agentes económicos no podían ser manipulados todo el tiempo por el gobierno. Esto implica explorar campos de la matemática no utilizados hasta el momento que sirvan para formalizar procesos económicos como van siendo entendidos por la profesión.

Otra cosa necesaria, mantengo yo, es el entrenamiento que conduce a facilitarle al estudiante la capacidad de formalizar en un lenguaje matemático que de varias formas le presta agilidad para enfrentar cualquier problema, buscar las variables que digan más sobre el comportamiento del conjunto y relacionarlas de manera tal que se entienda más claramente su funcionamiento. El economista que tiene capacidad de modelar puede aplicar su capacidad a cualquier tipo de teoría y si tiene cierto grado de sensatez —una de las palabras favoritas de Bejarano— buscará aquellas que le ofrezcan mejores resultados tanto de coherencia interna, predicción y empatía ideológica. Se trata de poder escoger unos hechos estilizados y entender sus relaciones mutuas. Es un poco más de lo que Bejarano siguiendo a Currie llama “el buen juicio”: “la habilidad para saber plantearse un problema, poder percibir los aspectos relevantes y saber jerarquizarlos, tener la capacidad de formular las hipótesis más conducentes, saber formular las preguntas más pertinentes, etc.” [Bejarano 1984, 53]. Es, además de eso, poder sentarse, armar un modelo y pintar las curvas de su comportamiento.

Bejarano concluía su artículo con un llamado a favor de la erudición en vez de la especialización, lo cual, creo yo, era exigir demasiado a un programa aca-

démico de cinco años.⁶ Lo que debía suceder y él fue parte de ese acontecer era inducir la capacidad de asombro o la curiosidad y la honestidad frente al pensar y escribir por parte de los estudiantes. Los cursos debían ayudar en ese empeño pero no podían hacer más que proveer una buena bibliografía y los incentivos para leerla y entenderla. La erudición dependería de cómo invertían su tiempo en leer literatura, filosofía, política, historia, ir a cine, a teatro, oír música, apreciar el arte y absorber una parte de la cultura universal. La otra recomendación eran cursos de epistemología que para que fueran exitosos debían ser dictados por Bejarano o algún filósofo bueno porque el curso podía caer en la distorsión manualesca, cómo ha sido la experiencia en los cursos de metodología. Por último, Chucho sugería adentrarse en la teoría política como tal para que los estudiantes no creyeran que ellos disponían de las soluciones y que los políticos nunca los entenderían sino que “la toma de decisiones en el terreno del Estado no sólo es economía, sino economía más política” [Bejarano 1999a, 59]. La realidad de la profesión hoy en día es según Bejarano, “la profunda segmentación del mercado de trabajo... en el que unos pocos expertos ocupan los escalones más altos, mientras una inmensa masa de graduados apenas el modesto papel de mano de obra semicalificada” (pág 12).

Con todo, la profesión de economista le parecía como muy exitosa. “Los economistas han sido el grupo de profesionales de mayor crecimiento en las burocracias estatales... y, en gran medida, han desplazado a profesiones más antiguas, como el Derecho o la ingeniería, en tareas ejecutivas del gobierno... Colombia no escapa a esa tendencia general” [Bejarano 1999b, 249]. Se podría argumentar en contrario, para el caso colombiano, porque los abogados influyeron grandemente en el diseño de la Constitución de 1991 y han logrado una importante recuperación de posiciones; en varios casos incluso, los magistrados de las altas cortes asumen como autoridad monetaria sin tener que haber estudiado siquiera un curso introductorio de economía.

CONFLICTOS Y ALIANZAS CON BEJARANO

Bejarano fue mi monitor en 1970, recién llegado yo de Estados Unidos donde había pasado siete años, y ahí comenzaron mis conflictos con él. Hubo ataques y contraataques tanto por escrito como en la vida administrativa de la Facultad. Le atacé duramente su defensa de Currie y me burlé de sus asociaciones con José Antonio Ocampo. Su grupo asumió la decanatura por seis años y nos tuvo bastante aburridos a los externos con políticas de exclusión y a veces bastante arbitrarias. De mí decía: “cómo va a saber de economía si ni siquiera sabe ha-

6 En un artículo de 1999 le pondría algunos condicionantes al objetivo de la erudición, sabiendo que podía caer en el eclecticismo y la “intelectualización” [Bejarano 1999a, 19].

blar” y de otro profesor que había obtenido el grado de Ph.D. en una universidad norteamericana de gran prestigio observaba que “lo importante no era saber donde estudió sino en qué momento se le olvidó la economía”. Con todo, esta larga cadena de enfrentamientos vistos en perspectiva terminaron siendo bastante productivos: había un público grande ansioso de leer los escritos en pugna que tomaba partido en una u otra dirección. Éramos personas que habíamos asumido el riesgo de hacer públicas nuestras ideas y el contacto personal inducía a los estudiantes a enfrentar y entender los textos nuestros y los referidos. Muchos de ellos siguieron nuestro ejemplo y se tornaron a su vez en escritores, periodistas e investigadores.

Chucho era perfectamente desparpajado y desleal. Se burlaba permanentemente de personas e instituciones con base en su malicia y su facilidad de palabra. Su padre había sido conductor de taxi, obviamente de mínimos recursos y Chucho debió asistir a sistemas religiosos y públicos de educación, logrando jalarse él mismo de sus talones. Era el gran orgullo de su padre. A nosotros nos miraba con desdén, diciendo que habíamos sido alimentados con cucharita de oro. Tenía la enorme facilidad de escribir graciosamente y con ello dejaba perplejo a su público, aportando en muchos campos del conocimiento. Incentivaba a sus estudiantes a conocer y leer, a veces siendo exigente con la calidad de los trabajos escritos, pero aparecía desabrochado al decirles que aprendían más discutiendo de política con sus compañeros en la cafetería que mamándose la carreta de un profesor malo, en lo cual hasta tenía razón (aquí lo parafraseo). Tan serio era en esto que su objetivo principal durante su decanatura fue construir la cafetería de la facultad, lo que efectivamente logró.

En una de nuestras más serias confrontaciones le hice una entrevista ficticia en la revista *Zona* que resultó más realista que si la hubiera hecho de verdad. Muchas personas cercanas se preguntaron por qué Chucho había decidido destaparse así de radicalmente. Por lo demás, Alfredo Garzón le hizo una caricatura horrible en que aparecía con las llaves de un Renault-9 en la mano y con un estilógrafo en el pie. Repetí literalmente muchas de las cosas que él le contaba a los demás, desde sus éxitos mujeriegos hasta sus expresiones denigratorias de los demás. Estaba firmada por los primos Kowalsky, que era el apellido del mejor amigo de mi papá y padrino de su boda. Chucho le puso quejas al decano de la Facultad y al rector de la Universidad, y amenazó con demandar la revista para ver si lograba que me castigaran de algún modo. No obstante la entrevista no tenía autor reconocido —aunque las señas eran bastante claras— y no había además ningún delito tipificado como entrevista falsa. Finalmente, Bejarano le envió una carta a la revista destacando que nunca había concedido la entrevista y que todo lo que decía era falso. Desdichadamente la revista quebró y no alcanzó a salir el número con su aclaración.

Hicimos un frente común en torno a la investigación, porque éramos los profesores de la facultad que más publicábamos en revistas independientes. Chucho era redactor de *Cuadernos Colombianos* que era dirigida por Mario Arrubla y yo

era del comité editorial de *Ideología y Sociedad* que lograron muy alta difusión entre el público. Decíamos que lográbamos investigar a pesar de la Universidad, porque esta imponía trabas para contratar dineros destinados a ese fin y la prohibición para que los investigadores recibieran remuneración adicional por sus escritos. Había la concepción del profesor austero y sacrificado que por las noches trabaja incesante en una obra que terminaría 25 años más tarde, si acaso; es más, el contrato de trabajo especificaba exclusivamente el deber de dictar clases. Había profesores que se ufanaban de que ellos estaban cumpliendo con sus contratos que por ninguna parte decían que debían investigar y renovar el conocimiento que impartían. Argumentábamos que mientras en las universidades de gran prestigio la consigna era “publique o muera”, en la Universidad Nacional era “publique y muera”.

Nos reíamos Chucho y mi persona de las excusas que ofrecían algunos profesores para no haber publicado: que la Universidad no había puesto los recursos en plata, tiempo, revistas y libros para que les alimentara su intelecto. Nosotros mostrábamos que sólo hacía falta cierta técnica, pasión y compromiso con el conocimiento para adelantarlos. En verdad la investigación nuestra era individual y bastante artesanal y le faltaba una mayor asociación y división del trabajo que sólo podría organizarse en centros de investigación de los que se carecía en ese momento.

Después vinieron los reconocimientos de puntos por publicaciones pero sin existir jurados anónimos e independientes de los aspirantes, de tal modo que el incentivo se ha pervertido bastante. En algunas universidades se concedían más puntos por publicaciones en revistas prestigiosas de los países avanzados, lo cual es razonable. La mayoría de profesores en el país, sin embargo, publica cualquier cosa de mala calidad en las revistas de la universidad, incluso simples reseñas o arman libros rápidamente. Los directores de las revistas o de las editoriales universitarias se han vuelto personas poderosas por medio de las cuales se logran los aumentos de sueldos. En algunas universidades públicas del país se otorgan puntos hasta por las columnas publicadas en periódicos. El mayor número de puntos otorgados por publicaciones internacionales llevó a unos profesores pícaros de cierta universidad a cambiarle el nombre a su revista que se llama ahora “Revista Internacional de la Universidad de la Provincia Tal”.

Sobre los incentivos a la investigación y al desarrollo del conocimiento los institucionalistas han indicado inteligentemente que deben combinarse las inversiones del Estado con unos incentivos precisos que permitan que el investigador o inventor se quede con una parte de la renta generada por la innovación, de tal manera que el rendimiento social coincida con el rendimiento individual. Una buena ley de patentes, unas primas apropiadas y generosas por los contratos que el profesor le consigue a la Universidad y derechos sobre las investigaciones, por ejemplo que el autor tenga control sobre su obra y sus derechos puede ser un buen conjunto de incentivos al desarrollo de innova-

ciones técnicas y de trabajos de buena calidad editorial. Es necesario también cambiar la mentalidad imperante de que un profesor universitario no merece tener un alto ingreso y, por el contrario, reafirmar la alta valía social que tiene una persona muy calificada que desarrolla el conocimiento y lo transmite a las nuevas generaciones. En eso Bejarano no tenía tapujos y consideraba que se merecía ganar bien, vivir de acuerdo, adquirir arte, gozar la vida...

LA INSTITUCIÓN DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

Desde el punto de vista institucional la UN no era ni es una organización estrictamente meritocrática sino que estaba y está politizada. Existía antes entre el profesorado cierta mística académica y la censura contra los posibles abusos que se le hicieran al magro presupuesto con que contaba. Se admiraba en especial a aquellos pocos profesores que tenían una obra para mostrar. Mientras los profesores de centro y derecha contaban con una asociación, los de izquierda optaron por un sindicato. Hoy en día juegan más elementos políticos en la escogencia de las directivas y en la toma de decisiones. Lo único impecablemente meritocrático es la admisión de estudiantes que resultan ser la crema del sistema secundario de educación.

Por ejemplo, los profesores que estábamos en el Departamento de Economía en 1970, que fuéramos destituidos en 1972 y reintegrados en 1975, no éramos precisamente unos académicos puros que habíamos demostrado nuestra competencia por medio de un buen número de publicaciones. Éramos militantes o simpatizantes de varios grupos de izquierda y fue ese y no el criterio académico el que primó para seleccionarnos. Sí tenía mayor peso la persona que presentara estudios de postgrado, el típico respeto por el papel sellado, pero muchos de estos nunca escribieron nada y algunos probaron ser incompetentes como maestros. Sin embargo, la Universidad nunca pudo salir de ellos y se han jubilado o están a punto de serlo. A mí me molesta recordar que si tal o cual profesor estaba en mi bando político y era atacado por el bando contrario, se le defendía sin importar la calidad de su trabajo que podía ser en verdad lamentable.

Por sobre todo la Universidad le pagaba y le paga igualmente mal a todos sus profesores sin importar en los altos costos de producción incurridos en los que tenían postgrados y en especial doctorados. Quizás la base del cálculo sea el carácter semigratuito de la educación pública, pero eso no significa que no sea costosa. Es también un contrato que no tiene transparencia pues la persona aspirante no sabe cuanto va a devengar y una vez que se gana el concurso, es embarazoso retirarse al darse cuenta de lo poco que le pagan. La Universidad sólo reconocía la antigüedad y los viejos ganaban más que los jóvenes y maduros. El mercado al menos reconoce los costos de la formación y eso hace que los profesores que publican consigan enseñar en las buenas universidades de medio tiempo o que logren contratos de consultoría o de investigación, con lo cual

complementan el bajo sueldo de la UN. La piratería es un problema muy serio para la calidad de la Universidad, pues los mejores profesores le dedican menos tiempo a la docencia que los malos profesores que no tienen demanda externa. Los que no asumen la vocación en forma radical y obtienen prestigio, simplemente se van de la universidad a donde les reconocen materialmente sus méritos, ya sea apoyando a un candidato presidencial para pasar a un alto puesto de la burocracia o trabajando para el sector privado.

El sistema de incentivos —plena libertad académica, bajo sueldo pero seguridad total— atrae personas que no gustan de asumir riesgos, que sienten que serán rechazadas por el mercado y que no siempre serán buenos docentes ni investigadores. Se atrae a individuos altruistas pero eso no es garantía de calidad docente ni investigativa. Se deja de atraer a los mejores, más educados y más ambiciosos. Es un problema de selección adversa que debe considerar seriamente la universidad pública de élite del país.

Fuera de la selección política, otro método que siempre ha utilizado la UN es el del profesor que influye para que su monitor se presente a un concurso y los jurados lo aprueben porque el criterio básico de nuevo es que sea de los nuestros. La endogamia reduce la calidad de la educación impartida ya que se escogen aspirantes que tienen y multiplican los mismos vicios de sus maestros. Una vez nombrado el profesor sólo tiene incentivos positivos para publicar pero no tienen ningún incentivo negativo a mejorar su desempeño ya que tiene la jubilación garantizada.⁷ En las buenas universidades del mundo, por el contrario, existe la institución del “*tenure*” o sea que sólo se le ofrece al profesor un contrato de largo plazo cuando ha demostrado que su docencia es buena y ha publicado por lo menos un libro y varios artículos de alta calidad académica.

Así como los militares administran el ejército, los jueces el sistema de justicia y así sucesivamente, las universidades públicas son gobernadas por sus profesores. Ninguno lo hace bien para decir verdad. Las universidades públicas de las grandes ciudades son bastante autónomas de la política bipartidista pero no de la política interna; las de provincia son manejadas menos por sus profesores y más por la clase política lugareña. No existe una casta burocrática de administradores especializados y bien pagos que sean leales al Estado y que impongan los intereses de la sociedad por encima de los intereses de los respectivos gremios que deben enfrentar. Los estudiantes no defienden sus propios intereses

7 Hay que preguntarse cuál debe ser la edad de retiro de un profesor universitario. A los 55 años para mujeres y 60 para hombres, como rige para los profesores de la UN, la persona está entrando en la cúspide de sus facultades intelectuales. Sin embargo no hay incentivos para que los buenos profesores se queden enseñando hasta que se sientan dispuestos a hacerlo, mediante esquemas que complementen adecuadamente la pensión. Esta es una de las peores pérdidas de capital intelectual que caracterizan a la universidad pública.

sino que son también clientelistas o están buscando causas ajenas y altruistas, por lo cual contribuyen poco al mejoramiento de la calidad de la educación que reciben. Si los estudiantes defendieran sus intereses inmediatos podrían ser una fuerza progresiva pues le harían un sano contrapeso a los sectores que gobiernan la Universidad en su favor. Dada esa correlación de fuerzas, no es posible seleccionar a los profesores por sus méritos docentes e investigativos y menos despedir a ningún profesor, incluso a los redomadamente malos o peor aún a los que han abusado de estudiantes que casos se conocen, como el del legendario profesor apodado como “puente roto”.

También abunda en la Universidad un infantilismo profesoral que consiste en considerar que el alma madre y el gobierno padre deben proveer adecuadamente por todas sus necesidades. Entonces no mueven un dedo para conseguir una consultoría o una investigación que los favorezca a ellos, a sus departamentos o facultades, algunos porque se pueden ganar un pleito legal o político si lo hacen, otros saben que no cuentan con los requisitos para lograr confianza de parte de los demandantes de conocimiento, algunos más porque prefieren piratearle a la Universidad y que nadie sepa ni les reclame por lo que se ganan por fuera —lo que es un argumento racional— y otros por cuestión de principios, muy dogmática por cierto. No es nada racional, sin embargo, que los profesores buenos pirateen porque los sueldos son tan malos y las exigencias tan escasas, mientras los malos quedan sitiados en la ciudad blanca.

Es todo un progreso que la Universidad Nacional haya logrado generar recursos propios por cerca de \$70 mil millones en 1999 que equivale a una cuarta parte de lo que le gira la nación. Esos ingresos de mercado permiten que los profesores que hagan trabajo extra en investigación, consultoría o extensión complementen su salario dentro de la Universidad, si es que los radicales no les hacen la Inquisición. Los recursos propios equivalen al 25 por ciento de lo aportado por el presupuesto y es una mejoría notable frente al 5 por ciento que se tenía al comenzar los noventa. Esto a su vez financia el aumento de los cupos con las correspondientes inversiones locativas y un mejor uso de la planta profesoral.

Existía el consenso de que todos los estudiantes, sin consultar su ingreso familiar debían ser subsidiados totalmente por el Estado y que su bajo rendimiento era tolerable. Que cada cual pagara de acuerdo con su capacidad económica o que el que no aprovechara su cupo se lo cediera a otro aspirante era considerado como neoliberal y como un pecado contra el credo izquierdista. La administración Mockus avanzó considerablemente en la noción de que los beneficiados por el sistema de educación pública debían pagar de acuerdo con su renta y eso explica en buena parte el aumento de los ingresos propios de la Universidad. Ahora las distintas organizaciones profesorales hablan también de cuidar los recursos públicos y de ser transparentes con sus aplicaciones. Si la Universidad Nacional hubiera cobrado a través de toda su historia matrículas de acuerdo con la verdadera capacidad económica de las familias de los estudiantes, hoy tendría más de 100 mil enrolados y no los 33 mil de ahora, los estudiantes

pobres como Chucho serían muchos más, recibirían becas y no existiría la Universidad Antonio Nariño.⁸ El aumento de los recursos propios le ha permitido a la Universidad aumentar el número de estudiantes admitidos en 3.500 para 1999. Así mismo, los postgrados que funcionan con matrículas uniformes que cubren parte importante de los costos se han expandido todavía más, de nuevo porque la fuente de su financiamiento es inmediata y alimenta su expansión. Ellos, a su vez, contribuyen a mejorar la calidad de los pregrados. Con mejores resultados en cobertura y calidad, sería más fácil obtener mayores recursos públicos con que garantizar buenas bibliotecas y centros de investigación haciendo trabajo básico, por fuera del mercado, aunque este también se podría atender con buena calidad. De hecho, aunque parezca paradójico, recurrir más al mercado por la Universidad le significó fortalecerse financieramente, ganó algo de más autonomía frente al Estado y contribuyó a crear más Estado.

La Universidad ganaría los privilegios que demanda si le suministrara innovaciones técnicas y personal de muy alta calidad al sector privado. Por lo tanto, se debe hacer necesaria a la sociedad y no esperar que ella le reconozca lo que dice ser. Una larga historia de desconfianza mutua y de confrontaciones ha borrado prácticamente las relaciones entre la Universidad y la industria, que hay que reconstruir. Estudiantes, profesores y trabajadores le exigen recursos al gobierno “opresor”, en forma vociferante y los estudiantes a veces de manera violenta, sin querer entender que están siendo financiados por los impuestos que paga la gente, incluyendo a muchos necesitados que pagan IVA. Los diferentes grupúsculos embadurnan despóticamente los edificios y paredes con feos graffiti. En fin, los profesores y trabajadores han contado con organizaciones de acción colectiva que logran asegurar recursos pero han desconocido hasta hace poco quien paga los subsidios de que gozan. Al lograr mayores recursos propios han ganado dignidad y autonomía. Los contribuyentes y los estudiantes rechazados en la admisión a la Universidad no cuentan con ningún tipo de organización mediante la cual puedan impulsar sus intereses.⁹

-
- 8 La Universidad Antonio Nariño fue fundada por un matemático y profesor de la Universidad Nacional que se dio cuenta del potencial generado por una oferta de cupos restringida por el presupuesto que no podía ser ampliada por medio de matrículas —restricción política— frente a una inmensa y creciente demanda. Con matrículas bastante bajas, profesores de cátedra egresados de la Nacional, facilidades estandarizadas, grupos grandes de clase y con estudiantes de extracción social no muy diferente a la que prima en la universidad pública, hoy la Antonio Nariño tiene un número igual de estudiantes al de la propia Universidad Nacional.
 - 9 Tanto los unos como los otros clamarían por una mayor eficiencia y una expansión de los cupos disponibles. El valor del cupo en la Universidad Nacional puede aproximarse por el gran número de ‘preparadores’ que anuncian en los medios y ofrecen la llave para aprobar su examen de admisión.

Tampoco los egresados sienten que deben devolverle a la Universidad la capacitación que recibieron y que fuera pagada por los contribuyentes. No existe una tradición de responsabilidad social ni de filantropía para con la institución de parte de unos profesionales que han alcanzado niveles bastante satisfactorios de vida gracias a ella y que deberían contribuir a mejorar la calidad de la educación de las generaciones que los siguen. Se podrían asociar exalumnos de cada año para que donaran un aula, unos libros, unos computadores, otra cafetería. Quizás haga falta una ley de exenciones tributarias para aquellos que hagan donaciones a las universidades, sobre todo públicas del país. Cómo en muchas áreas de la vida de las instituciones oficiales en el país, prima en la Universidad el oportunismo y la captura de las pequeñas rentas públicas.

La Universidad debe evaluarse objetivamente y dejarse aplicar patrones nacionales e internacionales de calidad. No basta con la "autoevaluación" que propone un Seminario Permanente de Profesores sobre la Universidad porque los humanos tenemos la tendencia a sobre valorarnos y a ocultar nuestras fallas. Debiera traer una misión extranjera que le acredite sus méritos y ponga de presente sus ventajas y deficiencias en todos los campos en que tiene programas. Mejor aun sería si se afiliara a una comunidad internacional de universidades que la aceptaría a condición de que cumpliera con altos estándares de calidad. Se requiere hacer encuestas entre los egresados a ver cómo les va en el mercado y en la vida. Se debe conocer qué imagen tiene la Universidad en el ámbito de los empleadores privados y públicos. De acuerdo con esos resultados, debe mejorar su función. La Universidad debe adaptarse al cambio técnico que está ocurriendo e incluso anticiparse a él y propagarlo.¹⁰ Los profesores y sus gremios pueden publicitar todas las bellezas de su misión, pero no se sabe en verdad que tan bien está cumpliendo con ella y de qué manera están aprovechando los cuantiosos recursos públicos que se le asignan.

Todas las pequeñas decisiones que permiten el sobreempleo profesoral y administrativo e impiden despedir profesores y trabajadores malos e improductivos hacen la vida más llevadera pero así mismo aumentan costos y reducen la calidad de la educación impartida. La Universidad hace su propio examen de admisión despilfarrando la inversión que hace el ICFES en lo mismo, con argumentos paranoicos sobre los planes de esta entidad para debilitar la Universidad pública. Ciertamente podría invertir mucho mejor ese dinero. Existe un trabajador administrativo por cada profesor lo que es excesivo, pero además buena parte del tiempo de los profesores se gasta en administración. Hay cientos de otras decisiones que pretenden aumentar el sabático, las descargas acadé-

10 Nunca se montó un departamento de ingeniería industrial que podría combinarse, por ejemplo, con administración de empresas que es un departamento muy débil. En particular debieran fortalecerse las áreas de sistemas, diseño de *software*, etc.

micas, las becas de los profesores en países de bajo nivel académico, las becas para las señoras de los profesores y para sus hijos, las que evaden organizar las fuentes propias de financiamiento, etc. Todas ellas conducen a no tener en cuenta el verdadero costo de oportunidad de cada prebenda, a la pérdida de eficiencia, al aumento del costo unitario y a deteriorar la calidad del claustro.

Las reformas de los estatutos recientes han propiciado una mayor participación de los estamentos en el gobierno de su institución. Esto no es bueno para una institución de educación superior que debe ser mucho más meritocrática que democrática. Existe la impresión que la Universidad Nacional ha alcanzado grados avanzados de politiquería. El gobierno anterior les aumentó mucho el presupuesto pero se ha disminuido la eficiencia de la institución, entendida por el costo unitario. En 1999 tuvo unos aportes de la Nación de \$274 mil millones lo que equivale a gastar \$8.2 millones por estudiante al año con una calidad inferior a la que caracteriza a la universidad privada de élite que vale \$8 millones.¹¹ Si se le agregan los recursos propios se están gastando \$10.5 millones por estudiante, lo cual contribuye a aumentar la calidad de los programas, pero de nuevo vale la pena insistir en que con esos recursos se puede aumentar aún más el número de estudiantes. En el año 2000, el aporte de la Nación alcanzará \$302 mil millones, \$8.7 millones por estudiante.¹² Comparado con niveles internacionales, el costo por estudiante al año es US\$5.200 lo que es apenas una cuarta parte del costo en las universidades de élite de los Estados Unidos (si no se tienen en cuenta las donaciones privadas que son enormes) y pone de presente el gran valor que tiene la educación en esa sociedad y la poca valorización que le otorgamos nosotros.

Es obvio que hay mucho sobreempleo administrativo y de los trabajadores; los profesores no se exigen en sus cargas académicas o en la atención a los estudiantes. No sorprende que los que gobiernan la Universidad se favorezcan con las pequeñas rentas disponibles. Sorprende sí que sigan existiendo profesores que son hiperactivos y obsesivos en su trabajo que son los que siempre han salvado a la Universidad Nacional pero que continúan siendo minorías. Sacrifican ingreso para poder adelantar una obra. Una vez reconocidos públicamente comienzan las tentaciones para abandonar el sueldo malo de la

11 Aunque la calidad es un concepto problemático, en este caso me estoy refiriendo al nivel de exigencia académica—lectura, escritura, dominio de otros idiomas—que en la UN se deteriora por las frecuentes interrupciones de su calendario, cierta atmósfera de pereza generalizada, las fallas estructurales discutidas atrás y el fatalismo frente a las acciones extremistas de algunos grupos pequeños y la presencia de los expendedores de drogas en el campus.

12 Datos suministrados por el Ministerio de Hacienda. La matrícula en la Universidad Antonio Naríño es de \$2.6 millones al año con la calidad siendo inferior aunque proporcionalmente al costo es muy superior a la ofrecida por la Nacional.

Universidad y la libertad provista por esta atmósfera de exigencias mínimas. Así lo hizo Bejarano durante muchos años y volvió a la Universidad cuando consideró que necesitaba su atmósfera para redondear y ampliar su obra.

HACIA DÓNDE VA LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL

En 1984 Bejarano era decano y se le vencía el período bajo la rectoría de Marco Palacios. Sugirió entonces a Juan José Echavarría, investigador de FEDESARROLLO y externo a la UN, como su sucesor esperando que este rehusara tan ingrata tarea y él obtuviera un segundo período. Para su sorpresa Echavarría aceptó y comenzó en la Facultad una nueva transformación modernizante porque operaba con objetivos racionales: conseguir buenos profesores actualizados que enseñaran la ortodoxia económica con verdadera convicción, montar un centro de investigaciones, ofrecer cursos de extensión y dejar de adjudicar posiciones y tareas mediante el trueque de favores. Esto rompió el equilibrio de poderes interno e introdujo incentivos para mejorar la calidad de la educación y para obtener recursos propios. El proceso continuó en las decanaturas posteriores, sobre todo la de Clemente Forero, y la Facultad recuperó su iniciativa como un centro dinámico que inducía el cambio dentro de la conservadora Universidad Nacional.

Me correspondió ser decano en 1990 cuando Bejarano estaba en el gobierno, trabajando en los temas del Programa Nacional de Rehabilitación y más adelante en la negociación por la paz. Uno de los pocos profesores activistas del Partido Comunista de la facultad, Leonidas Mora, había muerto en un absurdo accidente cuando no había puente peatonal sobre la carrera 30, mientras que todos los demás estábamos bastante retirados de la política, hecho que se acentuó con la caída del muro de Berlín, así que no había más conflicto en la Facultad por sustracción de materia. Nos pudimos concentrar entonces en el avance de la Facultad. Hacía evaluaciones financieras mensuales en las que se evaluaban la extensión, las investigaciones, las consultorías,¹³ y se trataba de que amplia-

13 Evidentemente el CID de la Universidad Nacional ha hecho más consultoría que investigación pero eso no le disminuye su importancia como un aparato administrativo y financiero que puede apoyar las iniciativas de los profesores en conseguir fondos nacionales e internacionales para sus investigaciones básicas. Que haya pocas iniciativas profesoriales, que cuando existan se hagan con instituciones externas a la Universidad para escapar su fiscalización o que no sean exitosas no es responsabilidad del CID como lo presume la fuerte crítica que le hace Bejarano en el libro que editara en 1999, coordinado por la Universidad Externado de Colombia (pág. 199). Actualmente el CID montó entre otros proyectos importantes un Observatorio de Coyuntura Socioeconómica que es un taller ideal para estudiantes y profesores interesados.

ran sus operaciones para que proveyeran crecientemente por las necesidades de computadores, libros y monitorias de la Facultad, complementando de una manera importante el siempre exiguo presupuesto de la Universidad que antes aparecía como una fatalidad del destino. Se logró el mayor número de computadores por alumno de la Universidad, lo que fuera mérito de Forero, y más adelante se generalizó la Internet para que los estudiantes hicieran parte de lo que ahora llaman “comunidad virtual”. Esto ha contribuido adicionalmente a que los estudiantes aprendan el inglés. Se llegaron a suministrar muchos puestos temporales de trabajo para los estudiantes—asistentes de estas actividades de investigación, consultoría y extensión lo que proveyó para la primera experiencia de trabajo con que un estudiante podía abrir su hoja de vida.

A pesar de todos estos beneficios a la vista, la izquierda de la Universidad y los profesores desafectos con el desarrollo de la Facultad se empeñaron en duras campañas contra el decano de la facultad, el director del CID y algunos investigadores, debilitando el centro de investigaciones y las otras operaciones que proveían fondos. Cuando algunos de ellos se dieron cuenta que los recursos obtenidos a través del mercado podían financiar toda clase de actividades, muchos de los desafectos se volcaron a influir en cómo se distribuía la plata para financiar sus viajes, cursos, textos, las revistas y monitorias. Esto significa que las reformas fueron autosostenibles por el hecho de que aumentaban el poder económico de los administradores de turno y por lo menos así se garantiza la continuidad de las actividades que mantienen los intercambios entre la facultad y la sociedad, entre los académicos y el mercado, aunque la demanda del CID está dominada por el sector público. La conexión es muy importante porque el mercado puede mostrar también la existencia y características de la demanda social por conocimiento e incluso puede insinuar cómo jalonar su calidad.

La idea de la extensión educativa ha tomado fuerza en toda la Universidad y hoy es ampliamente aceptado que es un importante servicio a la comunidad, al mismo tiempo que le genera ingresos a la institución y garantiza un uso más intensivo de todas sus facilidades. Lo mismo opera con relación a la investigación y a la consultoría con centros organizados en la mayor parte de las facultades que se han dado cuenta que tienen que ofrecer un conocimiento valioso a la sociedad y que esta está dispuesta a pagarlo para adquirirlo. Estos avances están siendo también frenados crecientemente por los guerreros que ven una seria amenaza en las investigaciones que hacen los institutos de la Universidad que tienen que ver con las relaciones políticas y sociales. Ellos han segado las vidas de varios investigadores de las universidades de Antioquia, Pedagógica y Nacional y cobraron también la vida de Bejarano.

Se ha vencido una idea muy acendrada en la moral izquierdista de que el bienestar de la comunidad y el mercado son antagónicos en todo tiempo y lugar. En verdad el mercado refleja imperfectamente las demandas sociales y es necesario percibir sus señales para que la institución funcione mejor y sobre todo para que logre crecer y desarrollarse. Hay que resistirlo para que predomi-

nen los fines académicos sobre los más inmediatos de lograr recursos. Pero es enteramente plausible mantener un equilibrio entre academia y mercado y poner éste al servicio de aquélla.

Hoy no sé muy bien donde se encuentra la Facultad de Ciencias Económicas con relación al pasado. Estoy seguro de que ha avanzado mucho sobre el nivel en que la encontró Bejarano al final de los sesenta. Pero la salida de casi toda la generación que publicó y ganó prestigio debe haber tenido un costo. En efecto, en su plan de desarrollo para el período 1999-2003 hay en el siguiente exabrupto despótico: “no se ha hecho explícita la identidad del tipo de profesional y de ciudadano que se quiere formar en cada programa” [FCE 1999, 4],¹⁴ como si nunca se hubiera logrado permitir que esas decisiones las tomaran los interesados. Me da la impresión que dominan de nuevo los cambios de favores y posiciones. Sobre todo que no hay una visión de desarrollo de largo plazo que atraiga a los mejores economistas del país para que enseñen e investiguen en la Nacional. Todavía todos tienen que ser de ahí mismo y ser servidores de los intereses colectivos definidos por no sé quién.¹⁵

Con todo se ha impuesto una mejor pedagogía y ya no hay problemas políticos con el contenido del programa, donde predomina la ortodoxia. La economía se enseña hoy con una mayor formalización matemática; existen mejores cursos de microeconomía y econometría que en nuestro tiempo y hay una conexión más sistemática con lo que se está haciendo en los centros mundiales que avanzan la economía.

Hay profesores jóvenes egresados de la propia Facultad de Ciencias Económicas con el peligroso sesgo endogámico enunciado atrás, pero con la diferencia que han hecho postgrados, algunos de ellos en Inglaterra, enseñan todas las variantes contemporáneas más importantes y han llegado a manejar los temas de banca central porque tres de la Nacional —incluyéndome a mí, perdón— están en la Junta Directiva del Banco de la República y algún contacto se mantiene.

El programa de Magister y el doctorado le han agregado rigor a la enseñanza de la economía y está mucho más actualizado que en nuestros días. No tan paradójicamente, ha debido recurrir más a profesores externos y a profesores extranjeros que a los de planta. La biblioteca es la más actualizada de las que tiene la Universidad, tanto en libros, como en CD-roms y en revistas.

14 Allí se habla también de la necesidad de “colectivizar, entre pares (*sic*), el debate de las ideas creadas (*sic*)” [FCE 1999, 6]. En la misión de la Facultad no está ni siquiera el desarrollo de la ciencia *per se*.

15 Otra perla del Plan de Desarrollo frente al Centro de Investigaciones para el Desarrollo, CID, es que hay que definir un equipo básico de investigación no con los mejores sino “prefiriendo la presencia y conocimiento de los profesores y egresados de la Facultad de Ciencias Económicas” [FCE 1999, 31].

Como dije al principio, Chucho y mi persona nos unimos recientemente de nuevo para impulsar el estudio del institucionalismo; él lo venía enseñando en uno de sus cursos, mostrando su disposición de adentrarse en otras disciplinas como el derecho, desde la perspectiva de la economía y fundó una revista sobre el tema, *Economía Institucional*, que es otra testigo de su incesante actividad, que sólo pudo ser cercenada por sus asesinos. Da mucho dolor ver que las mejores mentes del país, aquellas que se dan rara vez, más por una férrea voluntad individual que por la formación que imparten las instituciones, sean acalladas prematuramente. Yo me siento muy triste de haber perdido tan agudo interlocutor.

He escrito estas líneas con franqueza y ánimo constructivo, tratando de adoptar en algunas ocasiones el estilo festivo y burlón que desplegaba Chucho aun cuando no estaba haciendo maldades. Creo que es el mejor homenaje que se le puede hacer a su memoria y avanzar en el debate de uno de sus tantos empeños: perfeccionar la enseñanza de la economía en el país.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bejarano Jesús A. 1981. "Estado actual de la enseñanza de la economía en Colombia", *Revista EAFIT* 44, octubre-diciembre de 1981, 7-20, Medellín.
- Bejarano Jesús A. 1984. "Los límites del conocimiento económico y sus implicaciones pedagógicas", *Cuadernos de Economía* 6, primer semestre, 35-59, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- Bejarano, Jesús A., compilador. 1999a. *Hacia dónde va la ciencia económica en Colombia. Siete ensayos exploratorios*, Tercer Mundo-Universidad Externado de Colombia-COLCIENCIAS, Bogotá.
- Bejarano Jesús A. 1999b. "Evaluación del estado de la disciplina económica en Colombia: un enfoque institucional", Bejarano [1999a].
- Bejarano, Jesús A. 1999c. "Evaluación del estado de la disciplina económica en Colombia: un enfoque institucional", Bejarano [1999a].
- Currie, Lauchlin. 1968. *La enseñanza de la economía en Colombia*, Tercer Mundo Editores, Bogotá.
- Economía Institucional*. 1999. No. 1, Facultad de Economía, Universidad Externado de Colombia, Bogotá.
- Facultad de Ciencias Económicas, FCE. 1999. *Plan de desarrollo 1999-2003*, Universidad Nacional de Colombia, mimeo, Bogotá.
- González, Jorge I. 1999. "La fetichización del currículo y la absolutización del libro de texto", Bejarano [1999a].
- Jalil, Munir y Salazar, Boris. 1999. "El estado de la investigación académica: del vacío a la comunidad virtual", Bejarano [1999a].
- North, Douglass. 1981. *Structure and Change in Economic History*, Norton & Company, Nueva York.
- Rodríguez Richard. 1983. *Hunger of Memory*, Bantam Books, Nueva York.